



Rutas cortas desde los Enebrales

La ermita de los Enebrales está ubicada en el centro del Karst de Tamajón, rodeada de árboles hasta donde alcanza la vista. El lugar, lleno de enebros y sabinas, da nombre a la ermita y a la virgen, Nuestra Señora de los Enebrales (“la Serrana”), patrona de la comarca cuya romería se celebra en Septiembre. Son muchas las leyendas sobre esta ermita del siglo XVI, porticada y ampliada en el siglo XVIII.

- Un cura fue atacado por una serpiente y salvado por la luz cegadora de la Virgen, aparecida sobre un enebro en llamas. Dicen que por eso se construyó la ermita. Un fresco recuerda la escena.
- Durante los años de la peste, las buenas gentes de Almiruete ofrecieron a la Virgen de los Enebrales pan y queso, si acababa la epidemia. Como así ocurrió, se instituyó en memoria de este milagro la Fiesta de la Ecolación, perdida pero en trance de recuperación, que se celebra el segundo sábado de mayo. Se cuecen pan y magdalenas que se reparten por la tarde entre los asistentes.
- Unos ladrones fueron a robar las joyas de la Virgen y luego se sentaron a repartir el botín bajo una enorme roca, que se desprendió y aplastó a los bandidos, dejando intactas las joyas.
- La tradición exige que permanezca abierta siempre, para proteger y servir de refugio a los caminantes (abierta y cerrada por una cancela).



Habitado desde siempre y santuario de la Prehistoria, este lugar es además de hermoso, mágico; las rutas que se describen ayudan a descubrir sus secretos. Una explanada junto a la ermita sirve de parking, al que se accede desde la carretera que une Tamajón con Campillo de Ranas.

1.- La ciudad encantada (30´)

Una senda sale desde el parking por la izquierda, en paralelo a la carretera, y en el primer cruce la tomamos por arriba para enseguida ir en llano entre rocas. A la derecha nos queda la pared sur del acantilado, al que nos asomamos con precaución para ver las figuras más hermosas con otra perspectiva.

Continuamos la vereda, obviamos en un cruce otra sendita que baja por un regajo y seguimos hacia el este. Aparecemos en una hondonada que esta protegida en ambos lados por paredes verticales y que el hombre aprovechó para construir corrales para el ganado. Aunque hoy están en ruinas, puede verse la forma de construcción con piedra de caliza y tierra pero sin argamasa (tapial). Son los apriscos de los Villares.

Salimos por el este y encontramos una enorme sabina que se retuerce en el suelo. Rodeamos la roca para ponernos en paralelo a la carretera, como si tomáramos el camino de vuelta. Encontramos un arco (dolina) que da paso a la hondonada de donde venimos. Bien merece un vistazo.



Más adelante unas enormes rocas vigilantes (algunos les llaman “*los guerreros*”) y a escasos metros, cuevas en forma de ojal de diferentes tamaños y escasa profundidad, la mayor es la “Cueva del Polvorín”.

Encontramos de frente un campo sembrado de cereales que respetamos, para lo que nos pegamos a la pared de nuestra derecha y lo rodeamos hasta llegar a una muralla de más de cinco metros de altura. La seguimos y llegamos a la gran dolina, un arco espectacular que no es más que la entrada a un abrigo que visitamos.



Seguimos rodeando la muralla y nos enfrentamos con tres enormes tochos verticales que anteceden a la ermita, que ya se ve desde aquí. Son los “*guardianes de la virgen*”. Al otro lado de la carretera una cueva en un estado lamentable. De aquí a la ermita apenas quedan cien metros.

2.- Un karst auténtico (30´)

La carretera de Tamajón divide el karst en dos: a la derecha la ermita y la ciudad encantada; a la izquierda lo más auténtico y genuino de este mar de caliza. Quizás porque los agricultores aran la tierra hasta las mismas rocas, sin dejar un resquicio para que brote una veredita que lo enseñe. Pero, si hay suerte, la senda nacerá en la carretera, antes de llegar a las primeras rocas, aunque desaparecerá enseguida.



Luego sigue la pared de piedra y piérdete entre el laberinto de arcos, cuevas y rocas. Déjate llevar y busca el siguiente rellano. Darás más vueltas de las precisas, pero te merecerá la pena. Encontrarás letreros en algunas rocas; señalan simas catalogadas y exploradas por los espeleólogos.

Cuevas y abrigos han sido aprovechadas por el hombre prehistórico como vivienda y por el actual como aprisco para las ovejas; gracias a ello se conservan en buen estado. No te pierdas el campo negro, un paisaje lunar desde el que se divisa Tamajón, y la cueva de los Torrejones. Un paseo sorprendente y auténtico. La vuelta por el mismo sitio.



3.- Hacia el camino de las vagonetas (15'+15')

Frente a la ermita, al otro lado de la carretera nace una pista forestal en subida, que se dirige hacia el sur entre jaras. Sigue la cresta para salvar un desnivel de ochenta metros hasta el punto más alto, a 1.127 metros, al que llegamos en 10'. Luego el camino llanea y ofrece perspectivas diferentes de un paisaje único:

El encinar de Tamajón, la cantera, el depósito y el túnel del camino de las vagonetas. A la derecha los pinares del Vado y sus cárcavas rojizas, detrás Peña Cabezas. Más a la derecha el pantano y los pueblos negros. Detrás los Enebrales y el karst, en segundo término el Ocejón y los gemelos de Almirute. A la izquierda el pueblo y la campiña; al fondo los picos de La Tonda y Santotis.

Aunque la pista baja hasta el depósito para conectar con el camino de las vagonetas, nosotros regresamos por el mismo sitio.

4.- El sabinar (35'+35')

Las sabinas proceden de la Era Terciaria, cuando los dinosaurios dominaban la Tierra. Son árboles de crecimiento lento y muy longevos, superando los 500 años de vida. Soportan bien los cambios bruscos de temperatura y favorecen la vida en sus bosques. Prosperan en suelos pobres y calizos, especialmente en los karsts, donde conviven con enebros, encinas y quejigos.

Siempre fueron muy apreciadas por su dureza para la construcción de casas, y por su poder calorífico como leña y/o para el carboneo. Desde 1.987 este sabinar está protegido por la Junta de Castilla La Mancha. Hoy la afluencia de visitantes lo pone en riesgo.



El camino sale del parking en dirección norte, dejando la ermita a la izquierda; estamos en la pradera de la virgen y en ella unas ruinas que corresponden a la casa del ermitaño. A pocos metros se bifurca y tomamos el ramal de la derecha; el otro se dirige a la “*cueva de la Zangola*”. Bonitas vistas de Peña Cabeza y de Peña Reloj; en un plano anterior cárcavas rojas entre pinos y jaras. La pista penetra en el bosque con aromas de tomillo y jaras para dirigirse hacia Almirute; estamos en el “*camino del sabinar*”.



Abundan las huellas de corzos y jabalíes y el canto de los pájaros lo llena todo. A veces hemos encontrado alguna corza y hasta un zorro despistado. En 15' llegamos a un cruce a la derecha; seguimos de frente entre bellísimos ejemplares de sabinas y enebros. De vez en cuando aparece un claro, donde proliferan las calizas negras que nos recuerdan que estamos en el karst.

Tardamos 20' hasta el siguiente cruce a la derecha, desde donde emprendemos el regreso hasta los Enebrales. Un paseo muy hermoso, para relajarse y disfrutar.

5.- La cueva de la Zángola (20'+20')

Cogemos el camino del sabinar hasta la primera bifurcación, a escasos cien metros de la ermita; nosotros tomamos el ramal de la izquierda que va en busca del arroyo Valdelapuerta, también llamado de la Virgen. Calizas ennegrecidas por el tiempo y sabinas retorcidas crean un paraje agreste y muy hermoso. Bonitas vistas del pinar, a la izquierda y detrás, las estribaciones de la sierra de Concha.

Enebros, robles, quejigos y encinas conviven con los pinos. La senda baja despacio entre rocas de extrañas figuras, en especial la imagen de un guerrero a la derecha. Sabinas retorcidas se agarran con desesperación a las calizas. Han pasado 10' y hemos llegado a una roca en forma de ojal, de diez metros de altura que nos impresiona. A su lado han florecido otras pequeñas cuevas, mientras el arroyo se postra a sus pies.



Cruzamos el arroyo de la Virgen y emprendemos una ligera subida hasta llegar a la **Cueva de la Zángola**, que identificamos por la tapia con puerta que la protege. Con tres entradas comunicadas entre sí, fue utilizada como aprisco para las ovejas. Su interior, con treinta metros de longitud y techo superior a la talla de un hombre puede visitarse en su totalidad hasta llegar a la otra salida, cerrada con tapial pero que deja pasar la luz. Hay que regresar por el mismo hasta la primera entrada.

Bajamos al cauce del arroyo, que tomamos a la izquierda siguiendo una sendita. Penetramos en un cañón estrecho de paredes verticales, del que vamos a recorrer un pequeño trecho, solo para admirar como el agua ha esculpido su cauce entre lajas de pizarra. A ambos lados mucho color, abrigos y pequeñas cuevas que dan cobijo a las alimañas. El camino termina en una preciosa poza excavada en la roca por el arroyo, tras haber tallado varios escalones. Espectacular.

La vuelta por el mismo sitio, esta vez en subida.

(Información extraída de la “Guía breve de la Ribera” por cortesía de su autor Paco Martín, propietario de la casa rural de Guadalajara, La Vereda de Puebla)